

EL IDEAL

BIBLIOTECA PUBLICA
TARRAGONA

Año IV.)-(Núm. 137

Redacción y Administración
Imprenta Monclús, Tortosa

SUSCRIPCION

Tortosa un mes. 0'25 pesetas
Fuera. 1 Pta. Ttre.

Tortosa 13 de Julio de 1918

Organo de las Juventudes Revolucionarias de los distritos de Tortosa y Roquetas

No en la calle; en la barricada

Los diputados de la izquierda han decidido retirarse del Congreso para protestar contra la ley sobre el espionaje, más indigna y despótica que la del terrorismo.

Encontramos bien la actitud de los diputados de la izquierda, pero no nos satisface. En la calle está el pueblo y es muy justo que estén sus diputados en estos momentos de represión.

Pero en estos momentos no es preciso salir a la calle a discursar; es preciso salir a la calle para batallar, para atropellar a estas instituciones que han saciado su venganza en el pueblo, atropellándole y vejándole a todas horas. Es preciso salir a la calle y ponerse frente a las huestes para responder a la provocación del régimen.

No; el pueblo no quiere pasar el ridículo de organizar mítines, que en esta situación serán suspendidos. No hemos de pasar por esta vergüenza. Se ha salido del Congreso para algo más que para hacer constar la protesta contra el Gobierno; se ha salido del Congreso para ir a la barricada, convencidos de que es inútil continuar por más tiempo en esta situación anómala, dispuestos a acabar de una vez con la oligarquía y despotismo de los de arriba.

La cuestión del pan

No llegaremos ahora en España—confiemos aún en que no se llegará—a la situación espantosa porque nuestro país pasó en 1812, el fatídico «año del hambre», en que la fanega de trigo llegó a valer hasta quinientos reales, y aún más. Pero muy cerca estamos, si es que en alguna región española no se ha llegado ya a ese extremo, de que la fanega de trigo valga lo mismo que valía en 1857: más de cien reales. Lo cual quiere decir que estamos abocados a una inmensa catástrofe. ¿Se ha perdido el re-

uerdo de las turbulencias dolorosas ocurridas por aquellos años? ¿Es que hay alguien, tan insensato y criminal, que quiera ver reproducidos los incendios de fábricas, saqueos de propiedades y quema de mieses ocurridos entonces en Castilla, Aragón, Cataluña y Valencia? Pues sígase fomentando el hambre pública, y todo se andará.

Pero tal contingencia no pueden apetecerla ni los gobernantes ni español alguno que verdaderamente sienta amor a la Patria. Hemos rechazado terminantemente, aún a costa de humillaciones vergonzosas, todo acto que pudiera traer sobre nosotros los horrores de la guerra exterior, y no debemos cometer la necedad suicida de provocar las inútiles perturbaciones de una interna anarquía. Puesto que, sin reparar en el precio de la decisión, estamos resueltos a vivir en paz con las demás naciones, vivamos también en paz dentro de nuestro propio solar. Ya que tenemos rota la solidaridad con los pueblos que luchan, mantengamos indisolubles los vínculos a que va unida nuestra nacionalidad. Más ¿cómo podrá lograrse este efecto si cada día se agiganta el peligro de que sean rotos violentamente? ¿Qué paz puede subsistir en nación alguna cuando el hambre llama a las puertas de todos los hogares?

Y esto no es una tendenciosa declamación retórica lanzada por afán de oposición; esto es la realidad misma, patente en un hecho que está a la vista de todos; la fanega de trigo, que antes de la guerra, en los años de peores cosechas y en los meses anteriores a la recolección, no llegaba jamás a valer sesenta reales, alcanza hoy el precio de cien, y, si no se acude pronto con el remedio, no tardará en rebasar esa cifra. La fanega de trigo a cinco duros supone el kilo de pan a tres reales; y ¿qué será esto, para la mayoría de los españoles sino algo como una sentencia de muerte?

No hay, no puede haber, no debe haber en estos momentos cuestión más preferentemente atendida por los gobernantes que la cuestión del pan. Se trata de la salud y la vida de España. El pan es la primera necesidad del pueblo. Pueden aconsejarse e imponerse sacrificios en el vestuario, en la calefacción, en la producción y en el consumo de muchas cosas,

pero, siquiera que haya pan. Cuando el egoísmo de algunos especuladores trigueros les lleva a decir que ellos protestarán de toda tasa del trigo mientras no se tasan el hierro, las telas o el carbón, parece que esos hombres olvidan la supremacía del pan, como elemento indispensable de vida, entre todos los demás artículos de consumo. Del pan no hay manera de prescindir; y cuando la carestía de la vida hace forzosa la reducción de nuestras comodidades, pasaremos por las privaciones que sean menester con tal de que no nos falte el pan. ¿Cómo hemos, pues, de ver sin indignación las maniobras criminales que continúan haciéndose para que cada vez sea menor el pan con que los españoles entretenemos nuestra hambre tradicional?

Hay que dejarse de andar por las ramas en esta cuestión, de la que tan justamente puede afirmarse que es de vida o muerte para todos. La carestía del pan es una consecuencia fatal de la carestía del trigo. En tiempo normal puede atribuirse un encarecimiento del pan a las artes, no siempre muy lícitas, de los panaderos o los manejos industriales, generalmente algo turbios, de los fabricantes de harinas. Pero ahora, sin negar que esos elementos, sobre todo los segundos, que reservan partidas de harina para exportarlas a precios suculentos, tienen parte de culpa en que el pan cueste carísimo, la responsabilidad mayor hay que atribuirla al elevado coste del trigo. ¿Y por qué el trigo se halla en tal punto de carestía?

Un artículo de consumo puede encarecerse porque escasea, porque se vea afectado por una carestía general o porque el precio de él esté a merced de unos cuantos individuos que tengan dominio grande sobre el mercado de ese artículo. ¿En qué casos está comprendida la carestía del trigo? En los dos últimos; en el primero, no. Hay trigo sobrado en España para todas las necesidades nacionales. Así lo demuestran las estadísticas de producción, que serán poco exactas por defecto, pero no por exceso. Es un hecho conocido de todo el mundo la ocultación del trigo. Empieza por ser ocultado en el momento de la recolección. Acaso no haya un solo labrador que diga la verdadera cantidad de trigo recogida por él. Y menos en los días actuales. Así y todo, es indudable que los datos conocidos arrojan una existencia de trigo muy superior a las necesidades del consumo. ¿Dónde está ese sobrante? Aguardando, en las paneras de sus dueños—que generalmente no son labradores modestos, sino propietarios que arriendan sus tierras y estrujan al colono, a quien no llegan las ganancias del momento presente—, esperando tran-

quilamente a que la fanega valga cinco duros... por lo menos.

Negaríamos la evidencia si dijéramos que la carestía general no enfluye en la del trigo. ¡No ha de influir! Cuando todas las cosas aumentan de precio, la producción de una cualquiera se resiente de la carestía general, sobre todo antes de que esté concluida en manos del productor. Si los abonos químicos, y la maquinaria, y el azufre, y los piensos, y el ganado, y todo se encarece para el labrador, muy natural es que éste eleve el precio de su producto; pero ¿puede ser arbitraria esa elevación? ¿Quiere decirnos qué razón hay para que se haga valer a cien pesetas lo que de ordinario valía cincuenta y sólo ha tenido siete de aumento de gastos? Pues este es el caso del trigo. Porque desafiamos a que honradamente se nos demuestre como los gastos del labrador han aumentado de modo tal por fanega, que hoy ha de valer ésta el doble que en 1914, y que lo producido en Agosto ha de costar mucho más en Mayo por haber estado, bajo llave, en una panera.

No. Lo que ocurre es el tercer caso de los que antes apuntamos; es que hay diez, doce, veinte o cien individuos en cada provincia triguera que artificialmente están haciendo subir el precio del trigo. ¿De qué modo? Teniéndolo guardado el tiempo preciso para que, escaseando ese artículo y echándolo poco a poco al mercado, se encarezca más y más. Y esta maniobra ¿quiénes la realizan? No los trabajadores agrícolas ni los labradores de la pequeña propiedad, puesto que el trigo de unos y otros tiene que ser convertido en numerario inmediatamente de hecha la recolección, y a veces cuando aún no ha sido levantada de la herá, sino los labradores en gran escala, que generalmente son... quienes no trabajan la tierra, aunque viven de explotar la renta de ella y de oprimir a la población rural, su sierva, política y económicamente, a estas alturas de progreso democrático.

Esos hombres son los causantes de la carestía del pan. Si algún día, espoleadas por la desesperación, quieren las muchedumbres españolas tomarse la justicia por su mano, harán mal en ir contra el expendedor de pan o el fabricante de harina, aunque ni el uno ni el otro pueden mostrar su historia llena de inocencia. Los culpables del hambre nacional son los acaparadores trigueros, son los señoritos rentistas, son los políticos que alborotan contra la tasa razonable del trigo, son los diputados y los periodistas que organizan protestas, a título de agrarios, de defensores y representantes de la Agricultura, contra las tímidas medidas

gubernamentales para contener el alza incesante del precio del trigo.

España tiene veintiún millones de habitantes. Cuatro millones de ellos aparecen dedicados a las faenas agrícolas; pero de éstos, seguramente más de la mitad tienen mayor interés en que el pan esté barato que en hacer pagar muy caro el trigo. ¿Qué debe prevalecer: el interés de dos millones de habitantes—¡y cuántos habría que rebajar de esta cifra!—a quienes conviene que la fanega de trigo valga de cinco duros para arriba, o el de diez y nueve millones, por lo menos, que necesitan hacer bajar ese precio para siquiera poder comprar el pan de cada día? ¿Ha de pesar más que el interés de casi toda la Nación el de un pequeño grupo de españoles?

Hasta ahora ha prevalecido este interés sobre aquél. Para los gobernantes españoles siempre ha sido accesorio, secundario, poco importante el interés público. Elevados al Poder, no por la voluntad nacional, sino por la fuerza que les dan los grupos de intereses privados que envían sus representantes a la vida política, no prestan atención a las voces de auxilio que da el pueblo. Así no es extraño que hasta ahora sólo haya habido apariencias de acción contra la carestía del trigo, artificialmente producida por los acaparadores de ese cereal. Pero de este modo se ha llegado a una situación que no puede prolongarse, que no debe prolongarse si es que no se quiere desatar la cólera de las multitudes. Pan barato por las buenas, o se abarata a la fuerza.

Antes de que el río se desborde, antes de que sea tarde para evitar sucesos terribles, hay que ir inmediatamente a la incautación del trigo preciso para cubrir las necesidades de la nación. Y ese trigo, cuya recogida, si los dueños se resisten a facilitarla, deben hacerla el Ejército y la Guardia civil—¡aunque no sea más que para demostrar, una vez al menos, que no sirven sólo para obedecer las órdenes crueles de los malos gobiernos de España!—ese trigo, decimos, hay que pagarlo a un precio que no signifique—eso, no, de ninguna manera—pérdida para sus propietarios, antes bien, ganancia prudencial para ellos; pero que tampoco signifique el escandaloso abuso de exigir por una fanega de trigo cien reales, cuando el coste de ella, aun ahora, es bastante menor que esa cantidad.

El Estado, las diputaciones provinciales, los ayuntamientos, las juntas de subsistencias, a quienes corresponda, deben proceder cuanto antes a esa incautación. Porque si no... Si no, la hará el hambre. Y lo hará terriblemente, implacablemente, sangrientamente, trágica-

mente, para que en mucho tiempo quede memoria de cómo ejecuta el pueblo sus justicieras venganzas.

Una imposición insolente

Emocionantes las sesiones celebradas en el Congreso. El Gobierno perdió hasta los últimos restos de su pudor. En un debate anterior, el de la inmunidad parlamentaria, se desnudó, poniendo al descubierto su caciquismo en lo referente a política interna. En este debate ha puesto al descubierto su vergonzosa sumisión a presiones intolerables, a presiones que constituyen un ultraje para la integridad moral y para la independencia de la nación. Al llegar el momento de las explicaciones no pudieron dar otras que las que hacían deducir claramente que el proyecto liberticida ha sido dictado por elementos extraños.

Aquel sobre que exhibía el señor Dato como formidante argumento, y que el señor Castrovido calificó donosamente de *timo del portugués*, fué abierto después por el conde de Romanones. Perdido todo el efecto que el ministro de Estado buscaba. Argumentos que soliviantarían el alma de quienes sientan el patriotismo en su más noble sentido había dentro del sobre misterioso. Esto es: reclamaciones contra lo que en la prensa se decía, quejas por el lenguaje de los periódicos, querellas contra los juicios que los episodios de la guerra sugerían a los escritores públicos. Quizá algo más, quizá bastante más: Quizá alguna violenta reprensión por campañas contra el espionaje, que luego han resultado comprobadas por la intervención de los Tribunales. ¿Se referiría a esas campañas acaso el señor Dato en aquella furibunda diátriba que dedicó a *ciertas hojas impresas*, cuyos títulos no tuvo la gallardía de decir?

Como determinante decisiva, suprema, para pasar por encima de los principios liberales, puso el conde de Romanones las visitas de un embajador extranjero, que llegó a decirle—¡qué vergüenza que haya habido un gobernante que lo escuchara callado y aún medroso!—que ESTABA HARTO YA de las campañas que contra su nación se hacían y del lenguaje que la prensa expleaba. Indalecio Prieto, oportunísimo y acertado, hizo entonces al ministro de Gracia y Justicia una pregunta que entraña una lección de dignidad: «¿Y quién fué ese insolente?»

Una ovación arrancó el conde de Romanones de los escaños que sufren el peso del cretinismo parlamentario cuando dijo que él olvidaba los principios liberales cuando estaba en litigio la seguridad de la patria. No es eso, precisamente. La entraña del concepto es que el conde de Romanones olvida los principios liberales—traiciona los principios liberales, se le dijo más exactamente en la sesión—, cuando está en litigio la seguridad de la monarquía. La seguridad de la patria, lo sabe el conde de Romanones, lo sienten todavía algunos liberales de buena fe, está en la intangibilidad de la Constitución porque se rige, en la inminencia de las libertades conquistadas. El primer atentado y el más peligroso contra la seguridad de la patria está en socavar arteramente las libertades consagradas en su Código fundamental.

Ese atentado lo quiere perpetrar el Gobierno que el señor Maura preside. Y la patria, señor conde de Romanones, el pueblo, la masa civil, se ha puesto en pie; la ha hecho erguirse el dolor de la herida, y está dispuesta a defenderse. El mitin del lunes de la Casa del Pueblo es el primer grito de protesta y de rabia que la patria—queremos abundar en el tópico que en labios de Romanones constituye un escarnio—ha lanzado. Cosas enormes se dijeron en el memorable comicio. Propósitos graves y firmes se manifestaron. Y que esos propósitos, cuando se formulan de todo corazón, como los formula nuestra clase, no son una vana amenaza que no llega a la realidad se lo ha demostrado ya en el pasado año a los gobernantes españoles; el cumplimiento hecho en el mes de Agosto de un propósito que se había formulado, también en comicio solemne, en el mes de Marzo.

El domingo en Amposta

Organizado por la Redacción de *El Faro*, se celebrará mañana en Amposta una fiesta de homenaje a Marcelino Domingo.

Se celebrará un banquete. Se impondrá una corbata a la bandera del valiente semanario *El Faro*.

Se celebrarán diversos festejos durante el día.

Hé aquí el programa de la fiesta que congregará en Amposta a unos millares de ciuda-

danos, representantes de los pueblos del distrito de Tortosa y Roquetas.

Inútil decir que la fiesta será un acontecimiento para la democrática ciudad de Amposta. Para que ella tenga más realce, nuestros correligionarios de Amposta no han desperdiciado detalle para conseguir que el homenaje de mañana sea digno del homenajeado.

Asistirá de aquí una numerosa representación que irá en el vapor «Anita». No hay que decir que irá también una de EL IDEAL.

Está agotándose el folleto

PROMETIDO INCARCERADO

Original del escritor revolucionario

ANGEL SAMBLANCAT.

Vale 25 céntimos ejemplar

LA MOGIGANGA DEL DOMINGO

El domingo se celebró en esta ciudad una corrida de toros a beneficio de la Cruz Roja.

Nada hemos de decir sobre el fin benéfico de la obra, que aplaudimos.

Lo que sí decimos es que para llevar a cabo esta función, y recoger unas cuantas pesetas, se gastaron en cosas fútiles—¿verdad, señoritas?—y en preparativos innecesarios—¿verdad, señoritos bien?—mucho más de lo que se habrá recogido. ¿Para qué el lujo y la ostentación en un acto benéfico? ¿Para qué tanto gasto y tanto postín si se trataba de recaudar unas miserables perras de utilidad a los pobres? ¡Ah; no es esto la caridad!

Vosotros y vosotras no sois capaces de dar la mano a un miserable por el que recogéis dinero. Vosotras sois las damas estropajosas que tan admirablemente describe Rusiñol en «El místico». Vosotras, cuando dais una limosna con la mano izquierda, habéis enterado por anticipado a la mano derecha. Y ahora habéis hecho la fiesta para luciros, para pavonearos, para gastar en trajes, en postines y en joyas. Ahora habéis gastado diez para recoger cinco.

Nosotros, esta caridad, farsa despreciable, la consideramos innecesaria, y es preciso, ateniéndonos a nuestros principios ideales, el combatirla.

Es la fiesta de la farsa, de la mentira.

ZEUS.

LA ÚLTIMA ETAPA DEL MAL

No sabemos verdaderamente hasta donde podemos bajar. España es un país podrido y abyecto. Debe decirse muy recio, para ver si los españoles sentimos un impulso de dignidad de raza. Antes, había valor, coraje, dignidad. Ahora los españoles no saben vivir dignos ni morir con nobleza. Todo lo toleran, todo lo permiten. Tuvo razón Costa al llamarnos eunucos.

Los hombres que nos tiranizan desde el Gobierno, continúan su obra de atrofiamiento moral de la nación. Quieren que se juegue, que se robe. Protejen a los acaparadores, ensalzan a los aventureros. Quieren lanzarnos en continuas diversiones y desenfrenos para que la corrupción inunde el espíritu del país. Ellos saben que el libertinaje embota el valor.

Son facciosos. Son antipatriotas. La historia los juzgará severamente.

Nosotros tenemos la esperanza de que un día, el pueblo español, en una violenta explosión de su sagrado deber, purificará y lavará con sangre los horrores y vergüenzas de la Restauración.

¡Mucho cuidado con Marruecos!

Se habla mucho de una próxima acción militar de España en Marruecos.

El transporte de tropas y de material de guerra a Melusa es indicio cierto de que esas conversaciones tienen fundamento serio.

Dada la falta de escrúpulos de nuestros gobernantes, no nos sorprendería que la reciente ley contra la prensa, que se ha atribuido a motivos internacionales, se hubiese arrancado al Parlamento con el exclusivo propósito de amordazar la prensa para que no pueda ocuparse de lo que se prepara en Marruecos.

Ello explicaría el extraordinario interés puesto por Romanones en que la ley se aprobara; pues, como es sabido, está metido en todos los negocios de Marruecos, y a él, como a todos los negociantes, le conviene que la acción militar les vaya asegurando la tranquila explotación de aquellos territorios.

¡Alerta, ciudadanos!

No perder de vista Marruecos.

Preparaos a no tolerar que se reproduzcan las trágicas sangrías de 1909, 1911 y 1913, y a que se acelere la quietud de nuestra Hacienda y la ruina del país.

LAS CORRIDAS DE TOROS

Parece mentira y hasta causa indignación de que hallándonos en pleno siglo xx, en una de las épocas en que la humanidad se educa e ilustra en los diferentes ramos del saber humano, téngase que desarrollar en nuestra patria este bárbaro espectáculo de salvajismo, embrutecimiento que acaba de bestializar a los hombres, como son las corridas de toros. Estos actos no vienen a ser más que escuelas de embrutecimiento, de desórdenes, donde sin piedad se descuartiza a infelices bestias, haciendo correr la sangre por el redondel a caballos que mejor sería que los llevasen al campo a cultivar las tierras. De ahí se deduce de que los hombres que concurren a dichos actos son seres de feroces sentimientos no sienten ninguna piedad por los animales que se destrozan, ni por el lidiador que se destroza en las astas del toro, lo cual demuestran ser seres de bajos instintos y de pasiones feroces. Y también hemos de decir a estos que por un puñado de oro se prestan a exponer su vida en tales actos, que son generalmente hombres que no conocen la instrucción, ni el decoro, ni la dignidad, ni un átomo de sentimiento humano descienden al nivel más bajo y ordinario de hombres incivilizados, de hombres fieras, sin entrañas ni corazón que parece que sean engendrados en la matriz de una fiera carnívora, y por lo tanto merecen el desprecio de todos, rehusándoles en todos los actos y ponerles sobre su frente el estigma de bestias carnívoras.

A nosotros los jóvenes, que estamos saturados de ideas culturizadores y educativos y que deseamos ver en nuestra nación una fuente de cultura que nace para saciar a estos espíritus que parecen cementerios, queremos desterrar esa plaza flamenquizante que tanto nos rebaja y envilece; queremos exterminar todas estas fiestas de embrutecimiento nacional, pero las queremos suplir por otras donde haya más civilización y armonía; queremos que el pueblo celebre festejos para alegrar sus corazones; pero queremos que estos actos vayan acompañados de emancipación y progreso, ya sea acompañados con grandiosas orquestas, veladas literarias, actos culturales, etc., pero que dignifiquen y enaltezcan las conciencias. Solo así haremos una obra educadora y nos sumaremos al lado de los pueblos cultos y civilizados.

JOSÉ COLL Y GAVALDA.

LEA V. Desde las barricadas.

La lucha de clases

No se puede sostener con razón en nuestros días que la contienda social se encierre en los términos de la lucha de clases.

El socialismo contemporáneo arranca, es cierto, de la afirmación rotunda de esa lucha, y en el espíritu exclusivista de clase se ampara y se ampara. Más en el correr del tiempo, la evolución de las ideas se ha cumplido y estamos muy lejos de las murallas chinas que partían, por gala, en dos a la sociedad humana.

A la hora presente, hay más socialistas y anarquistas en la clase media modesta que en las filas del proletariado. Los obreros, en general, permanecen inconscientes de sus derechos, dormidos para las aspiraciones emancipadoras, interesados, a lo más por pequeñas y discutibles ventajas de momento. Los militantes obreros del socialismo y del anarquismo son, por lo regular, gentes escogidas por su ilustración, por su peculiar intelectualidad. Pero fuera de esta pequeñísima minoría, el socialismo y el anarquismo tienen el núcleo principal y más numeroso de sus adeptos en el mismo seno de la burguesía. La literatura social, el libro y el folleto de propaganda, están hoy en todas las bibliotecas modestas o suntuosas de la clase media, mientras faltan en la inmensa mayoría de las casas obreras. A cuenta de nuestros pésimos tiempos, puede abonarse el éxito enorme de la literatura social la pequeña burguesía quien ha coronado con el más brillante triunfo los esfuerzos del proselitismo.

En el terreno de los intereses, las líneas fronterizas se borran cada vez más. Es difícil señalar donde acaba un particularismo y empieza otro. Las luchas sociales agitan y suscitan una multitud de cuestiones imprevistas; entrelazan y mezclan los más opuestos bandos, y provocan frecuentemente antagonismos inesperado, que cambian por completo la faz de las cosas. Una simple huelga que comienza interesando únicamente a un oficio cualquiera, generalizándose la contienda; se dividen o se juntan las opiniones, se exasperan los egoísmos, se exaltan las pasiones, y a veces, lo que proviene de una insignificante diferencia de dinero o de tiempo, se trueca en profundo problema de ética, que galvaniza y sacude fuertemente todas las energías humanas.

Por otra parte, la misma organización capitalista ha producido un cierto sedimento de rebeldía fuera del campo societario y socialista.

No sólo las ideas de emancipación aprendidas en el libro, en el periódico o en el mitin, sino también el anhelo, el vivo deseo, casi la voluntad firme de emanciparse ha surgido entre la numerosa clase situada entre la espada del obrerismo y la pared del capitalismo. Abogados, médicos, literatos, artistas, ingenieros, pequeños industriales y comerciantes, todos los que viven a la burguesa sin el dinero que posee la verdadera burguesía, sienten el socialismo mucho más vivamente que muchísimos obreros, y si bien no se suman al movimiento de emancipación, si no *militan* en las filas de la revolución, hacen ellos más por la difusión de las ideas que la mayoría de los que se dejan llamar socialistas sin entender una palabra de socialismo. Acaso el atavismo de clase pese sobre ellos; pero indudable es también que del otro lado hay todavía parapetos y reductos que no permiten penetrar en la fortaleza a quien no conozca bien la contraseña. Acaso también sucede que la manera socialista obrera, que tiene mucho de exclusivista, mucho de mecánica y mucho de rebaño, no cuadra bien a gentes a quienes interesan más las cuestiones de idealidad que el magno problema del pan. Porque de cualquier manera que sea, y nos referimos ahora a la pequeña burguesía inteligente, estudiosa y trabajadora, estos elementos sociales habituados al individualismo ambiente, no se conforman de ningún modo con el régimen de disciplina y ordenancista del socialismo autoritario, ni tampoco con las osadías del anarquismo resuelto que salta por encima de todo convencionalismo y riñe de frente con todo lo estatuido. Hay una solución de continuidad que imposibilita por el momento la formación de un gran núcleo social, pronto al asalto y a la batalla decisiva por el porvenir presentido.

En los mismos movimientos obreros, suele ocurrir que una huelga determinada despierta grandes simpatías entre las clases medias, mientras la masa general de los obreros la ve con la indiferencia, o una parte de esa misma masa traiciona a los luchadores.

Poco a poco va infiltrándose en el socialismo, cualquiera que sea su manera, la tendencia a los movimientos de interés general como la huelga de los inquilinos, la fiscalización del peso del pan y de la calidad de los alimentos, la resistencia a la fabricación de productos nocivos, etc., etc.

Todos estos hechos y otros que pudiéramos señalar, hacen patente el decaimiento del espíritu de clase y nos muestran que el campo de lucha se ensancha por momentos. Y es que a la postre, aún cuando el *materialismo histórico* sea el punto de partida, aún cuando sea la se-

guridad del pan para todos la gran cuestión de las cuestiones, toda contienda humana acaba necesariamente en una cuestión de ética, de idealidad, por lo mismo que acaso lo de menos para la mayoría de los hombres es la satisfacción de las necesidades materiales.

Toda la cuestión social, todo el sentido íntimo del socialismo, genéricamente hablando, se reduce a esto: a asegurar a todos los hombres la vida material para que puedan desenvolverse moral e intelectualmente de un modo tan libre como indefinido. Representa así la más alta y la más noble de las aspiraciones que haya podido formular la filosofía.

Por eso nosotros, anarquistas, podemos y debemos decir: «La revolución que nosotros preconizamos ya más allá del interés de tal o cual clase; quiere llegar a la liberación completa e integral de la humanidad, de todas las esclavitudes políticas, económicas y morales».

De «Plumazos.»

Con aquella rapidez, con aquella inquebrantable decisión de los Gobiernos de pueblos amenazados inminentemente por algo catastrófico, el Ministerio español ha procedido a hacer votar la ley llamada contra el espionaje.

Como cumpliendo un imperativo y apremiante deber ha impuesto al Parlamento su proyecto; no ha permitido la discusión, ha anatematizado al que dudara de su conciencia. Y desconfiando del patriotismo ajeno, o quizá más bien convencido de la arbitrariedad de la propuesta, ha negado toda explicación, arrojando lejos de la responsabilidad de gobierno a los que no poseían carteras.

Ante el examen de la ley—que nos aparece verdaderamente temible por la carencia de definición del delito que se pretende perseguir, y por el hábito de nuestros gobernantes de abusar del poder—, ante la obstinación en el silencio, ante la conducta observada con las únicas minorías parlamentarias, ante la insistencia en recabar el Sr. Dato para sí la paternidad de la ley, nosotros prevemos serios ataques a las más elementales libertades constitucionales.

Surge la ley, que amenaza a la Prensa, cuando ésta acaba de velar más que el Poder público para la seguridad de la Patria, y la propone el hombre de todas las mezquindades, de todas las falsedades, de todas las persecuciones a la palabra y a la verdad: el hombre que gobernó el pasado Agosto.

Se ha dicho oficiosamente que el reglamento que se ha de dictar atenuará el efecto de lo

ocurrido. Sean cualesquieran las disposiciones que se den, lo que precisa es conocerlas cuanto antes, y que se determine de modo claro hasta qué punto la Prensa puede servir al interés público, es decir, hasta qué punto ha de ser lícita la exposición de la verdad.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Acto civil

Ha tenido lugar en Santa Bárbara la inscripción de un chico de unos correligionarios nuestros, cuyo nombre no recordamos en estos momentos.

Había de apadrinar al neófito nuestro buen amigo Pérez de Rozas.

Con actos como éste llegaremos a una pronta y completa emancipación, tan necesaria en estos tiempos.

Exposición de dibujos

De gran mérito artístico puede considerarse la exposición de dibujos de los alumnos que asisten a las clases nocturnas del Centro Obrero de Corporaciones.

Hay entre ellos algunos que llaman poderosamente la atención por su perfecto acabo y que revelan una buena dirección de las disposiciones de los discípulos.

Celebramos los adelantos de la clase obrera tortosina que no repara en sacrificios para educar a la juventud y felicitamos al director de la clase señor Lleixá.

Paro forzoso

Para hoy hay anunciado el cese en el trabajo de todos los talleres de tonelería y una de las fábricas de aserrar madera.

Y de continuar todo en las circunstancias actuales, es muy probable que cesen en breve industrias de gran importancia que no pueden continuar por falta de primeras materias.

De administración

Recordamos a nuestros corresponsales que es de urgente necesidad, para poder ir editando el periódico, que procuren liquidar cuanto antes.

Los suscriptores que hayan recibido los recibos por separado y no paguen, serán dados de baja.

SE INICIA EL VERANEO

Santander 28.—Han llegado varios trenes especiales conduciendo distintos lotes de caballos de carrera para las fiestas que en breve se celebrarán en esta dichosa población.

Entre ellos vinieron los del Rey.

Es de suponer hayan hecho un viaje cómodo y rápido.

Créese que los del monarca valen mucho dinero, más que lo que representa la paga que le abona diariamente el Estado español, que se aproxima a 20.000 pesetas o sean unos 4.000 duros por día.

El asilo de La Caridad sigue dando raciones de comida a los hambrientos.

Va disminuyendo el número de necesitados que acudían por el rancho. Bien porque el tiempo de ahora es mejor que el de invierno, o bien porque la mencionada institución ha sido víctima de un importante desfaldo, según el rumor, y ejerce alguna presión en los mismos necesitados.

Dícese que están comprometidas en la subtracción personas de gran viso, y que cualquiera puede tenerlas por decentes.

Los periódicos no han dicho una palabra.

Siguen en huelga de dos a tres centenares de carpinteros.

Para los caballos será el verano, que no para los pobres, los sin trabajo, los huelguistas...

Hay que recordarlo

El señor Armasa:

«El suceso de Málaga a que voy a referirme fué el siguiente: El día 15 de Agosto, si no recuerdo mal, se presentó la policía en la calle de Nuño Gómez, núm. 7; preguntó si vivía allí D.^a Rosalía Romero; la señora a quien hacían la pregunta contestó que no, que quien vivía allí era D.^a Rosalía Díaz Romero, y que era la que hablaba, que era ella; esta coincidencia de nombre y de segundo apellido fué lo bastante para que la policía la detuviese y la condujera al Gobierno civil; la encerraron en un calabozo; la desnudaron completamente; hicieron en su cuerpo un registro íntimo, vergonzoso, impúdico. Del Gobierno civil, pasadas algunas horas, la llevaron a la cárcel; la tuvieron incomunicada en un calabozo doce días y a tal punto llegó la incomunicación, que no se permitió que la viese un médico que de ordinario la asistía de una afección cardíaca.

Un burro estupefacto

(FABULA)

Llegó un pollino a un poblado y viéndolo gran confusión de gente, dijo asustado:

—¡Rediez! La revolución.

—Cállate—exclamó otro burro.

—¿Entonces que es?

—¡Majadero!

Es que aclaman a un torero.

—¡Verdad es! ¡Qué mal discurre!

* * *

Siguió el asno su camino,

porque ver más anhelaba,

y vió que un hombre rezaba

ante una efigie de pino.

* * *

Paróse y reflexionó.

Pero de repente dijo:

«Por lo que veo, de fijo

que son más burros que yo.»

* * *

¿Y estos son seres humanos?

No quiero ver más. ¡Horror!

¡Bien dice Nuestro Señor

que todos somos hermanos!

S. FERNÁNDEZ TORRES.

Se ha dicho lo que se debía decir; ahora faltan actos que rubriquen las amenazas

El país no tolerará este vejamen en silencio. No se estará quieto. Si el Gobierno protege a los espías todos los ciudadanos se dedicarán a cazar espías, aunque sea contra la voluntad del Gobierno. Y antes de que la ley se aplique se llegará a todos los extremos imaginables. No es una amenaza, sino una convicción y un concepto firmísimo del cumplimiento del deber. No se ha borrado aún el recuerdo de lo que se hizo para impedir la promulgación de aquella ley infame del Terrorismo, no mucho más infame que ésta a favor del espionaje. Pablo Iglesias está vivo y Costa resucitará. Y, junto a ellos, toda la masa democrática y toda la organización obrera española hará lo que deben hacer.

(De *El Socialista*.)

Esto dice *El Socialista*. Esto repetimos nosotros. Ahora, lo que interesa es que las palabras se traduzcan en actos.